

no me sucedió otra desgracia por la precaucion que habia tomado, que ser arrestado al dia siguiente.

Referiré este arresto á su tiempo ó lugar, puesto que fué acompañado de circunstancias bastante curiosas para que no tema, llegado el momento, estenderme algo sobre sus detalles.

El mismo dia de mi partida habia sido nombrado el príncipe presidente de la junta de sanidad de las Dos Sicilias.

Ocho dias despues supe en Roma que al dia siguiente de aquel nombramiento se habia desarrollado el cólera en Nápoles.

Despues he sabido que el conde de F***, el primer esposo de la bella Elena, habiendo seguido el ejemplo que esta le habia dado, se volvió á casar como ella, siendo completamente feliz por su parte como marido y como padre, puesto que tuvo de su nueva esposa cinco hijos : tres niños y dos niñas.

En el mes de Marzo último, el príncipe de*** ha entrado en los setenta y ocho años; pero lejos de haberle hecho perder nada la edad de su terrible influencia, preténdese por el contrario que se hace mucho mas notable á medida que envejece.

Y al presente, puesto que hemos acabado respecto á Arimanes, pasemos á Oromazes

XIX

SAN GENARO. MÁRTIR DE LA IGLESIA

San Genaro no es un santo de moderna creacion ; no es un patron comun y vulgar que acepta las ofrendas de todos los devotos, que concede su proteccion al primero que llega, y que se encarga de los intereses de todo el mundo ; su cuerpo no ha sido recompuesto en las catacumbas á espensas de otros mártires mas ó menos desconocidos, como el de santa Filomena ; su sangre no ha salido por los poros de una imágen de piedra como la de la madona del Arco ; en fin, los demás santos han hecho algunos milagros durante su vida, milagros que han llegado hasta nosotros por la tradicion y por la historia ; mientras que el milagro de san Genaro se ha perpetuado hasta nuestros dias, y se renueva dos veces cada año, con gran gloria de la ciudad de Nápoles, y gran confusion de los ateos.

Se remonta san Genaro por su origen á los primeros siglos de la Iglesia. Obispo, ha predicado la palabra de Cristo, y convertido al verdadero Dios millares de paganos; mártir, ha sufrido sin quejarse todos los tormentos inventados por la crueldad de sus verdugos, y derramado su sangre por la fé; escogido por el cielo, antes de abandonar este mundo, donde tanto habia sufrido, dirige á Dios una ferviente plegaria para que hiciera cesar la persecucion de los emperadores.

Pero á esto se limitan sus deberes de existencia, y su caridad de cosmopolita.

Ciudadano antes que todo, San Genaro no ama en realidad mas que su patria.

La protege contra los peligros, la vengá de todos sus enemigos: *Civi patrono vindici*, como le llama una antigua tradicion napolitana. Si el mundo entero se viera amenazado de un segundo diluvio, no levantaria San Genaro el dedo meñique para impedirlo; pero que la mas insignificante gota de agua pueda dañar á la cosecha de su buena ciudad, y San Genaro removerá cielo y tierra para proporcionarla el buen tiempo.

San Genaro no hubiera existido sin Nápoles, y Nápoles no existia sin San Genaro. Verdad es que no hay ciudad en el mundo que haya sido mas veces conquistada y dominada por el estrangero; pero gracias á la intervencion activa de su protector, los conquistadores han desaparecido, y Nápoles ha quedado.

Los normandos han reinado en Nápoles, pero San Genaro los ha expulsado.

Los suavos han reinado en Nápoles, pero San Genaro los ha expulsado.

Los angevinos han reinado en Nápoles, pero San Genaro los ha expulsado.

Los aragoneses han usurpado á su vez el trono, pero San Genaro los ha castigado.

Los españoles han tiranizado á Nápoles, pero San Genaro los ha batido.

En fin, los franceses han ocupado á Nápoles, pero San Genaro los ha despedido politicamente.

¿Y quién sabe lo que hará san Genaro por su patria?

Cualquiera que sea la dominacion, ya indigena ó estrangera, legitima ó usurpadora, equitativa ó despótica, que pese sobre aquel hermoso país, hay una creencia arraigada en los corazones napolitanos, creencia que los hace sufridos hasta el estoicismo: y es que todos los reyes y todos los gobiernos pasarán, y que en definitiva solo quedará el pueblo y San Genaro.

La historia de San Genaro comienza con la historia de Nápoles, y probablemente no concluirá sino con ella: las dos marchan paralelas sin cesar, y á cada acontecimiento grande, feliz ó desgraciado, se tocan y se confunden. En el primer momento puede uno engañarse fácilmente acerca de las causas y los efectos de esos acontecimientos, y atribuirlos fundándose en historiadores ignorantes ó prevenidos, á esta ó la otra circunstancia cuyo origen van á buscar bien lejos: pero profundizando la cuestion, se verá que desde el principio del siglo iv hasta nuestros dias San Genaro es el principio y fin de todas las cosas: tanto que ningun cambio se ha verificado sino por el permiso, por la órden ó por la intervencion de su poderoso protector.

Por lo que esa historia presenta tres fases muy distintas, y debe ser considerada bajo tres aspectos muy diferentes. En los primeros siglos adopta el carácter sencillo é inocente de una leyenda de Gregorio de Tours; en la edad media emprende la marcha poética y pintoresca de una crónica de Froissard; por último. en nuestros dias presenta el aspecto satírico y escéptico de un cuento de Voltaire.

Vamos á comenzar por la leyenda.

Como es consiguiente, la familia de San Genaro pertenece

á la mas alta nobleza de la antigüedad: el pueblo que, en 1647, daba á su república el título de *Real y serenísima república napolitana*, y que, en 1790, perseguía á los patriotas á pedradas por haberse atrevido á abolir el título de excelencia, jamás hubiera consentido en elegirse un protector de origen plebeyo: el lazzaroni es esencialmente aristócrata.

La familia de San Genaro descende en línea recta de los *Januari* de Roma (1), cuya genealogía se pierde en la noche de los tiempos. Los primeros años del santo han quedado envueltos en la mas profunda oscuridad: no aparece en público hasta la última época de su vida para predicar y padecer, para confesar su creencia y morir por ella: fué nombrado obispo de Benevento hácia el año de gracia de 304, en el pontificado de San Marcelino. Estraño destino del obispado beneventino que empieza en San Genaro y concluye en Mr. de Talleyrand.

Una de las mas terribles persecuciones que la Iglesia ha sufrido, es como se sabe la de los emperadores Diocleciano y Maximiano; los cristianos fueron perseguidos en 302 con tal encarnizamiento, que solo en el espacio de un mes cayeron diez y siete mil mártires bajo la cuchilla de esos dos tiranos. Sin embargo, dos años despues de la promulgacion del edicto que condenaba á muerte indistintamente á todos los fieles, hombres y mujeres, niños y ancianos, la iglesia naciente pareció que respiraba un instante. A los emperadores Diocleciano y Maximiano que acababan de abdicar, habian sucedido Constancio y Galerio; de esta sustitucion resultó de rechazo un cambio semejante verificado en los procónsules de la Campaña, y que á Dragontius sucediese Timoteo.

(1) Para comprender al autor francés debe tenerse presente que el mes de Enero, el *Januari* de los romanos y Genaro nombre propio, se escriben *Janvier*. (N. del T.)

Entre los cristianos hacinados en las prisiones de Cumas por Dragontius se encontraban Sosius, diácono de Misena, Proculus, diácono de Pouzzoles. Durante todo el tiempo que habia durado la persecucion jamás habia dejado San Genaro de llevarles consuelos y socorros arriesgando su vida; y abandonando su diócesis de Benevento por acudir allí donde creia necesaria su asistencia, habia arrostrado mil y mil veces las fatigas de un largo viaje y desafiado la cólera del procónsul.

A cada nuevo sol político que asomaba por el horizonte, un rayo de esperanza pasaba á través de las rejas de los prisioneros del otro reinado; así fué al advenimiento al trono de Constancio y de Galerio. Sosius y Próculus se creyeron salvados. San Genaro, que habia participado de su dolor, se apresuró á ir á participar de su alegría. Despues de haber recitado por tan largo tiempo con sus queridos fieles los salmos de la cautividad, entonó el primero con ellos el cántico de la libertad.

Los cristianos, libres provisionalmente, daban gracias al Señor en una pequeña iglesia situada en las inmediaciones de Pouzzoles, y el santo obispo asistido por los dos diáconos Sosius y Proculus se disponia á ofrecer á Dios el Santo Sacrificio de la misa, cuando de repente se oyó fuera un gran ruido seguido de un silencio profundo. Los prisioneros, que habian recobrado momentos antes la libertad, prestaron atento oido; miráronse los dos diáconos uno á otro, y San Genaro esperó lo que iba á suceder, inmóvil y de pié ante el primer escalon del altar que iba á subir con las manos juntas, la sonrisa en los labios y la mirada fija en la luz con una indecible espresion de confianza.

El silencio fué interrumpido por una voz que leia lentamente el dicto de Diocleciano vuelto á poner en vigor por el nuevo procónsul Timoteo; y estas terribles pala-

bras que traducimos testualmente, resonaron en los oídos de los cristianos prosternados en la iglesia.

« Diocleciano, tres veces grande, siempre justo, emperador eterno, á todos los prefectos y procónsules del imperio romano, salud.

» Un rumor que nos ha causado bastante desagrado ha llegado á nuestros divinos oídos; es decir, que la heregia de los que se llaman cristianos, heregia de la mas grande impiedad (*valde impiam,*) recobra nueva fuerza; que dichos cristianos veneran como Dios á ese Jesus dado á luz por no sé qué mujer judía, insultando con injurias y maldiciones al grande Apolo, á Mercurio, y aun al mismo Júpiter, al paso que veneran á ese Cristo que los judíos han clavado en una cruz, como hechicero; al efecto ordenamos que todos los cristianos hombres ó mujeres, en todas las ciudades y comarcas, sufran los mas atroces suplicios si re niegan á sacrificar á nuestros dioses y abjurar su error. Sin embargo, si algunos entre ellos se muestran obedientes; tenemos á bien concederles su perdón; en el caso contrario mandamos que sean heridos por la cuchilla y castigados con la muerte mas cruel (*morte pessimâ punire*). Sabed en fin, que si no observais nuestros divinos decretos, os castigaremos con las mismas penas con que castigamos á los criminales. »

Luego que oyó pronunciar la última palabra de la terrible ley, San Genaro dirigió á Dios una muda plegaria para suplicarle hiciera descender sobre todos los fieles que le rodeaban la gracia necesaria para desafiar los tormentos y la muerte; en seguida, presintiendo que acababa de sonar la hora de su martirio, salió de la iglesia acompañado de los dos diáconos, y seguido de la muchedumbre de cristianos que bendecían en alta voz el nombre del Señor. Atravesó por medio de una doble hilera de

soldados y de verdugos admirados de tanto valor, y cantando siempre en medio del mudo gentío que se agrupaba para ver al santo obispo, llegó á Nola despues de una marcha que pareció un triunfo.

Timoteo le esperaba en lo alto de su tribunal, dice la crónica, como de costumbre, en medio de la plaza. San Genaro sin experimentar la menor turbacion, en presencia de su juez, adelantó con paso firme y seguro llevando á su derecha á Sosius, diácono de Misena, y á su izquierda á Próculus, diácono de Pouzsoles. Los demas cristianos se colocaron en círculo, y esperaron silenciosos el interrogatorio de su gefe.

No ignoraba Timoteo el alto nacimiento de San Genaro. Así, por consideracion al *civis romanus* llevó su complacencia hasta interrogarle, cuando hubiera podido perfectamente, dice el padre Antonio Carracciolo, condenarle sin oírle.

Todos los escritores están conformes en describir á Timoteo como un pagano escesivamente cruel, como un tirano execrable, como un prefecto impio, como un juez insensato. A estos rasgos ya bastante característicos, añade un cronista que estaba de tal modo sediento de sangre, que Dios para castigarle, cubria á veces sus ojos con un velo sangriento que le privaba momentáneamente de la vista que todo el tiempo que duraba su ceguera le causaba los mas atroces dolores.

Tales eran los dos hombres que la Providencia ponía uno frente de otro para dar una nueva prueba del triunfo de la fé.

- ¿Cuál es tu nombre? preguntó Timoteo
- Genaro, respondió el santo.
- ¿Tu edad?
- Treinta y tres años.
- ¿Tu patria?
- Nápoles.

- ¿Tu religion?
- La de Cristo.
- ¿Y todos los que te acompañan son tambien cristianos.
- Cuando les interrogues espero en Dios responderán como yo que todos son cristianos.
- ¿Conoces las órdenes de nuestro divino emperador?
- No conozco mas que los preceptos de Dios.
- ¿Eres noble?
- Soy el mas humilde de los servidores de Cristo.
- ¿Y no quieres renegar de tu Dios?
- Reniego y maldigo de vuestros ídolos, que no son otra cosa que frágil madera ó barro amasado.
- ¿Sabes los suplicios que te están reservados?
- Los espero tranquilo.
- ¿Y te crees bastante fuerte para desafiar mi poder?
- Yo no soy mas que un débil instrumento que el menor golpe puede romper; pero mi Dios Todopoderoso puede defenderme de tu furor y reducirte á cenizas en el mismo instante en que blasfemas de su nombre.
- Veremos cuando seas arrojado en un horno encendido si viene tu Dios á sacarte de él.
- ¿No ha salvado Dios del horno á Ananias, Azarias y Michal?
- Te arrojare á las fieras en el circo.
- ¿No ha sacado Dios á Daniel de la jaula de los leones?
- Te haré cortar la cabeza por la espada del verdugo.
- Si Dios quiere que yo muera, hágase su voluntad.
- Sea. Yo veré saltar tu sangre maldita; esa sangre que deshonoras haciendo traición á la religion de tus antepasados por un culto de esclavos.
- ¡Oh! desventurado insensato! exclamó el santo con un inesplicable acento de compasion y de dolor; antes que tú goces del espectáculo que te prometes, Dios te

herirá con la ceguera mas espantosa, y no te volverá la vista sino por mi oracion, á fin de que puedas ser testigo del valor con que saben morir los mártires de Cristo.

— ¡Pues bien! si es un reto, le acepto, respondió el procónsul; veremos si como dices, es mas poderosa tu fe que el dolor.

En seguida, volviéndose hácia sus lictores, mandó atasen al santo y le arrojasen en un horno encendido.

Los dos diáconos palidieron al oírle aquella orden, y todos los cristianos lanzaron un prolongado y doloroso gemido; porque aunque todos estaban personalmente dispuestos á sufrir el martirio, sin embargo, desfallecia su corazón desde el momento en que se trataba de asistir al suplicio de su santo obispo.

A aquel grito de piedad y de dolor que se elevó de repente en la multitud, se volvió San Genaro con aspecto grave y severo, y estendiendo la mano derecha para imponer silencio:

— ¡Y bien! hermanos míos, dijo, ¿qué haceis? ¿queréis con vuestros lamentos regocijar el alma de los impíos? En verdad os digo, que os tranquiliceis, porque la hora de mi muerte no ha llegado, y el Señor no me cree todavía digno de recibir la palma del martirio. Prosternáos y orad, no obstante, no por mí, que la llama de la hoguera no mortificará mis miembros, sino por mi perseguidor, que está condenado al fuego eterno del infierno.

Timoteo escuchó las palabras del santo con una sonrisa de desprecio, é hizo seña á los verdugos de que ejecutasen su sentencia.

Fué arrojado San Genaro en el horno, y al punto tapiaron por fuera la abertura por donde le habian metido, á vista de la poblacion entera que asistia á aquel espectáculo.

Algunos minutos despues, los torbellinos de llamas y de humo que se elevaban hácia el cielo advirtieron al

procónsul que sus órdenes estaban ejecutadas, y creyéndose vengado para siempre del hombre que se había atrevido á desafiarle, se volvió á su casa poseído del orgullo del triunfo.

Los demas cristianos fueron conducidos otra vez á su prision para esperar en ella el día de su martirio, y la multitud desapareció bajo la impresion de una piedad profunda y de un sombrío terror.

Ocupados los soldados hasta entonces en separar á los curiosos y conservar el órden, no tuvieron ya nada que hacer una vez que el pueblo se retiró, y se aproximaron lentamente al horno conversando entre sí acerca de los sucesos del día, y de la admirable tranquilidad que habia mostrado la víctima en el momento de sufrir una muerte tan terrible. Deteniéndose uno de ellos repentinamente en medio de su comenzada frase, hizo seña á su interlocutor de que se callara y escuchase. Escuchó este en efecto, é impuso silencio á su vez al que estaba á su lado; tanto, que repitiéndose la seña de unos en otros, todo el mundo quedó inmóvil y atento. Entonces cánticos celestiales que partian del interior del horno llegaron á los oidos de los soldados, pareciéndoles aquello tan extraordinario, que se creyeron por un momento el juguete de un sueño.

Sin embargo, los cánticos se percibian cada vez con mas claridad, y no tardaron en reconocer la voz de San Genaro en medio de un coro angélico. Entonces no fué ya la admiracion sino el terror lo que se apoderó de ellos: viendo que era ya urgente prevenir al prefecto acerca de aquel suceso inesperado, aunque predicho, que pasaba en aquel sitio, fueron corriendo á su casa pálidos y sin aliento, le refirieron con la elocuencia del miedo el increíble milagro de que acababan de ser testigos.

Timoteo se encogió de hombros al oír aquella estraña re'acion, y amenazó á sus soldados con hacerlos azotar si se dejaban dominar por tan pueriles temores. Mas entonces

juraron por todos sus dioses, no solo haber reconocido distintamente la voz de San Genaro y el cántico que entonaba en el horno, sino aun haber conservado en la memoria las palabras del cántico y las acciones de gracias que daba al Señor.

Irritado el procónsul, pero no convencido con tal obstinacion, dió inmediatamente órden de que abriesen el horno en su presencia, reservándose castigar con el mayor rigor, despues de haberles enseñado los carbonizados restos del mártir, á aquellos embusteros que iban á molestarle para hacerle semejantes relaciones.

Cuando el prefecto llegó á la plaza, la encontró de nuevo tan llena de gente, que le costó trabajo abrirse paso.

Habiendo circulado rápidamente en la ciudad el rumor del milagro, los habitantes de Nola, agrupándose tumultuosamente en el lugar del suplicio, pedian con desaforados gritos la demolicion del horno, y amenazaban el procónsul, no con palabras ó hechos, sino con esos clamores sordos que preceden á una conmocion popular como el estampido del trueno precede á la tormenta.

Timoteo pidió la palabra: cuando se restableció la calma lo bastante para poderse hacer oír, dijo que el deseo del pueblo iba á verse satisfecho inmediatamente, y que iba precisamente para dar la órden de abrir el horno, para desmentir de un modo terminante los rumores absurdos establecidos entre la multitud.

Al oír aquellas palabras cesan los gritos, la cólera se apacigua y cede el puesto á una curiosidad creciente.

Todas las respiraciones se suspenden, todos los ojos están fijos en un punto.

A una seña de Timoteo, avanzan los soldados hácia el horno armados de picos y martillos; pero á los primeros ladrillos que caen á sus golpes, un torbellino de llamas se escapa súbitamente del horno y los reduce á cenizas.

En el mismo instante caen las paredes como por encanto,

y el santo obispo aparece en toda su gloria rodeado de una deslumbrante claridad. El fuego no había tocado á un solo cabello de su cabeza, el humo no había ennegrecido la blancura de su vestimenta. Un círculo de querubines sostenían por encima de su cabeza una brillante aureola, y una música invisible, cuyas celestes melodías concertaban con el arpa de los serafines, acompañaba su canto.

Entonces San Genaro empezó á andar en todas direcciones sobre los carbones encendidos, á fin de convencer completamente á los incrédulos de que el fuego de la tierra no tenía ningun poder sobre los elegidos del Señor; en seguida, como todavía hubiera podido dudarse de la realidad del milagro, queriendo probar que era el mismo en carne y hueso, y no un espíritu, una fantasma, una aparición sobrehumana lo que acababan de ver, San Genaro se volvió por sí mismo á su prision, y se puso á disposicion del prefecto.

A vista de lo que acababa de pasar se había apoderado tal pánico de Timoteo, que temiendo un motin, se refugió en el templo de Júpiter; allí fué donde supo que el santo, que podia en medio del entusiasmo general que le había atraído el milagro, alejarse y sustraerse á su poder, había vuelto á su prision y esparaba en ella el nuevo suplicio con que le agradase castigarle.

Esta noticia le volvió toda su tranquilidad, y con su tranquilidad toda su cólera.

Fué á la prision del mártir para adquirir la certeza de que estaba allí en persona el obispo de Benevento y no un espectro á quien la mágia hubiese dado vida.

En consecuencia, y para que no le quedase duda alguna de ello, despues de haber palpado á San Genaro, para asegurarse de que era de carne y hueso, le hizo despojar de sus vestiduras sacerdotales, atar á una columna que la veneracion de los fieles ha conservado hasta nuestros dias como

un nuevo testimonio del martirio del santo, y mandó á sus lictores le azotasen hasta hacerle saltar sangre. Entonces empapó en aquella sangre un extremo de su toga, y se aseguró que era efectivamente sangre humana, y no algun líquido rojizo, de lo que tenía apariencia; en seguida, satisfecho de aquel primer ensayo, mandó se aplicase tormento á la víctima. El tormento fué largo y doloroso; San Genaro salió de él con las carnes magulladas y los huesos dislocados; mas en el tiempo que duró no pudieron los verdugos arrancarle ni una queja. Cuando los sufrimientos se hacian insoportables, San Genaro alababa al Señor.

Viendo Timoteo que la tortura no daba otro resultado para él que hacerle sufrir, decidió que San Genaro fuese arrojado al circo á los tigres y leones; pero vaciló algun tiempo para decidir si la ejecucion tendria lugar en el circo de Pouzzoles ó en el de Nola; al fin se resolvió por el de Pouzzoles.

Un doble cálculo presidió á aquella decision: en primer lugar el circo de Pouzzoles era mas vasto que el de Nola, y por consecuencia podia contener un número mucho mayor de espectadores; y por otra parte, á consecuencia del primer milagro se había manifestado tal fermentacion, que creia que los verdugos de San Genaro estaban muy espuestos si el mártir salia triunfante de una segunda prueba.

Mientras el procónsul discurría el medio mas seguro y cruel de trasladar al santo de una á otra ciudad, fueron á decirle que San Genaro, perfectamente curado de los efectos del tormento de la vispera, podia hacer el viaje á pié.

Al oír aquella nueva, se ocurrió á la imaginacion de Timoteo una idea infernal; creyó que seria magnífico añadir la vergüenza al dolor, y dispuso que el santo obispo y

sus dos compañeros los diáconos Sosius y Próculus arrastrasen su carro desde Nola á Pouzzoles.

Esperaba de este modo, ó que los tres mártires caerian de estenuacion ó de dolor en medio del camino, ó que llegarían al lugar de su suplicio humillados y degradados por los silbidos del populácho, que su suerte no inspiraría ya ni piedad ni sentimiento.

Ejecutóse, pues, todo como lo habia decidido el procónsul.

Engancharon á san Genaro al carro cónsul, colocado entre Sosius y Próculus; y Timoteo, habiéndose sentado en él, intimó á sus lictores la orden de sacudir latigazos á las tres victimas cada vez que se detuvieran, ó simplemente con que acortaran el paso; en seguida dió orden de partir levantando sobre ellos el látigo de que él mismo estaba armado.

Pero Dios no permitió que el látigo levantado sobre los mártires cayese sobre ellos. Lanzándose con impetu S. Genaro, arrastró consigo á sus dos compañeros, derribando á su paso soldados, lictores y curiosos.

Repetióse mucho por entonces haber visto descender sobre las espaldas de los tres hombres del Señor, grandes alas de arcángeles con ayuda de las que los mensajeros del cielo atraviesan el empireo con la rapidez del relámpago; pero la verdad es que el carro se alejó llevado con tal rapidez, que bien pronto dejó atrás no solo la muchedumbre de las gentes de á pié, sino á los caballeros romanos que lanzaron inútilmente sus corceles en su seguimiento, viéndole inmediatamente desaparecer en medio de una nube de polvo.

No era aquello lo que habia esperado el procónsul; no se habia ocupado mas que de los medios de hacer andar á su santo tiro y no de contenerle: así, viéndose llevado con una rapidez de que apenas puede dar idea el vuelo de las aves, no pensó ya mas que en agarrarse á los costados del carro para no caer; pero no tardó en apoderarse un vér-

tigo de él; le pareció que el carro cesaba de tocar á la tierra, que todos los objetos, impulsados con una velocidad igual á la suya, huían hácia atrás, mientras él se lanzaba hácia delante. Faltó la luz á sus ojos, el aliento á su boca, el equilibrio á su cuerpo; se dejó caer de rodillas en el fondo del carro pálido, anhelante, con las manos juntas.

Pero los tres santos no podían verle, arrastrados al parecer ellos mismos por un poder sobrehumano. En fin, habiendo llegado á la colina de Antignano, al sitio mismo en que se encuentra hoy todavía una pequeña capilla construida en memoria de aquel milagroso suceso, el procónsul, reuniendo todas las fuerzas de su agonía, arrojó tal grito de dolor, que San Genaro lo oyó á pesar del ruido de las ruedas, y deteniéndose con sus dos compañeros, y volviéndose hácia su juez, le preguntó con una voz clara y tranquila que no descubria el menor cansancio:

— ¿Qué hay, señor?

Pero Timoteo permaneció algun tiempo sin poder articular una sola palabra, mientras que los dos diáconos se aprovechaban de aquel instante de detencion para respirar anhelantes.

San Genaro renovó su pregunta á los pocos segundos.

— Lo que hay es que quiero descansar aquí, dijo el procónsul.

— Descansemos, respondió san Genaro.

Timoteo se apeó de su carro; pero los tres santos permanecieron enganchados, y sin embargo, por la emocion del procónsul, por el sudor que corría por su frente, por el precipitado aliento que salía de su pecho, se hubiera creído era él quien hasta entonces habia estado enganchado en el sitio de los caballos, y que los tres santos habian ocupado el asiento del amo.

Pero así que el procónsul estuvo en tierra, y se vió por consecuencia fuera de peligro, volvió á recobrar su odio

y su cólera, y adelantándose hácia San Genaro con el látigo levantado :

— ¿Por qué, le dijo, me has conducido desde Nola aquí con tanta rapidez?

— ¿No me habías mandado caminar lo mas veloz que pudiese?

— Si, pero ¿quién iba á creer que caminarias mas veloz que aquellos de mis caballeros mejor montados que no han podido seguirte?

— Yo mismo ignoraba el paso que llevaria cuando los ángeles me han prestado sus alas.

— ¿Asi, crees tú que el socorro que has recibido viene de tu Dios?

— Todo viene de él.

— ¿Y persistes en tu heregia?

— La religion de Cristo es la sola verdadera, la única pura, la que solo es digna del Señor.

— ¿Sabes qué muerte te aguarda al otro extremo del camino? replicó el procónsul.

— No soy yo quien ha querido detenerse, respondió San Genaro.

— Verdad es, respondió Timoteo, asi volvamos á marchar.

— Estoy á tus órdenes, señor.

— Voy á volver á subir á mi carro.

— Vuelve á subir.

— Pero escúchame bien.

— Ya escucho.

— Es con la condicion de que no irás con tanta velocidad como has venido hasta aquí.

— Iré con la velocidad que quieras.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

— ¿Bajo palabra de noble?

— A fé de cristiano.

— Está bie .

— ¿Estás dispuesto, señor?

— Vamos, dijo el procónsul.

— Vamos, hermanos míos, dijo San Genaro á sus compañeros, hagamos lo que nos manda.

Y el carro volvió á partir de nuevo; pero el santo, observando escrupulosamente la promesa que habia hecho no caminó mas que al paso, todo lo mas al trote corto, y aun de vez en cuando se volvía hácia Timoteo, para preguntarle si era aquel el paso que queria.

Asi llegaron á la plaza de Pouzzoles donde ni una alma esperaba al procónsul, porque habian ido á tal paso que no habia podido precederles la nueva de su llegada.

Ninguna orden, pues, se habia dado para el suplicio: forzoso le fué por tanto á Timoteo aplazarlo. Hízose conducir á su palacio, y llamando á sus esclavos mandó que los tres santos fuesen desenganchados del carruaje y conducidos á las prisiones de Pouzzoles, mientras él se perfumaba en un baño. Despues de lo que, estenuado de cansancio, descansó tres dias con tres noches.

En la mañana del cuarto dia apiñábase la multitud en las gradas del anfiteatro: habian acudido allí gentes de toda la Campania, porque aquel anfiteatro era uno de los mas hermosos de la provincia, y para él se reservaban los tigres y leones mas feroces, que enviados de Africa á Roma llegaban y descansaban un instante en Nápoles.

En aquel mismo anfiteatro, cuyas ruinas existen todavía hoy era donde doscientos treinta años antes habia dado Neron una fiesta á Tiridates. Todo se habia preparado para causar el asombro del rey de Armenia: las fieras mas terribles y los gladiadores mas diestros se habian ejercitado delante de él; pero este habia quedado impasible y frio en presencia de aquel espectáculo, y cuando Neron le preguntó su parecer acerca de aquellos hombres cuyos esfuerzos sobrehumanos habian obligado al circo á

estallar en estrepitosos aplausos. Tiridates, sin responder nada, se levantó sonriendo, y lanzando su jabalina al circo atravesó de parte á parte de un solo golpe dos toros.

Apenas el procónsul ocupó el puesto sobre su trono en medio de sus lictores, los tres santos conducidos por orden suya, fueron colocados frente á la puerta por la que las fieras debían salir. A una señal del procónsul se abrió la verja, y las fieras carniceras se lanzaron á la arena. Al verlas, treinta mil espectadores palmorearon con alegría; las fieras por su parte asombradas respondieron con un rugido de amenaza que cubrió á todas las voces y á todos los aplausos. En seguida, escitadas por los gritos de la multitud, devoradas por el hambre á que hacía tres días las condenaban sus guardas, saboreando el olor de carne humana con que se las alimentaba en los días notables, los leones empezaron á sacudir sus melenas, los tigres á saltar, y las hienas á mover sus helfos. Pero la admiración del procónsul fué grande cuando vió á leones, tigres y hienas, echarse á los piés de los tres mártires, sumamente respetuosas y dóciles, en tanto que San Genaro siempre tranquilo, siempre risueño, elevaba la mano derecha y bendecía á los espectadores.

En el mismo instante sintió el procónsul descender sobre sus ojos como una nube; el anfiteatro desapareció á sus ojos, sus párpados cayeron, y de repente quedó en la oscuridad. Pero la ceguera era nada en comparación del sufrimiento, porque á cada pulsación de la arteria parecía al desgraciado que un hierro candente horadaba sus pupilas. La predicción de San Genaro se verificaba.

Timoteo intentó al principio vencer su dolor y abogar sus quejidos ante la multitud; pero olvidando muy pronto su altivez y su ódio, estendió las manos hácia el santo y le suplicó en voz alta le volviese la vista y le librase de sus atroces sufrimientos.

San Genaro se adelantó bondadosamente hácia él

en medio de la atención general, y pronunció esta breve oración.

— « Señor mio Jesucristo, perdona á este hombre todo el mal que me ha hecho, y volvele la luz, á fin de que este último milagro que os digneis obrar en su favor pueda quitarle la venda á los ojos de su alma y detenerle todavía en el fondo del abismo á donde el desgraciado va á caer sin remedio. Al mismo tiempo os suplico ¡oh Dios mio! toqueis el corazón de todos los hombres que se encuentran aquí, y lo hagais con buena voluntad; que vuestra gracia descienda sobre ellos y los arranque á las tinieblas del paganismo. »

En seguida elevando la voz y tocando con el dedo índice los párpados del procónsul, añadió :

— Timoteo, prefecto de la Campania, abre los ojos y queda libre de tus padecimientos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

— Amen, respondieron los dos diáconos.

Y Timoteo abrió los ojos, y se verificó su curación de un modo tan rápido y tan completo, que ni siquiera se acordaba de haber sufrido dolor alguno.

Al ver este milagro, cinco mil espectadores se levantaron y pidieron con una sola voz, un solo impulso, se les diera el bautismo.

Timoteo volvió á su palacio, y viendo que el fuego era impotente y las fieras nada obedientes, mandó que los tres santos pereciesen por la cuchilla.

Una hermosa mañana de otoño, el 10 de Setiembre del año 305, San Genaro, acompañado de los dos diáconos Próculus y Sosius, fué conducido al forum del Vulcano, cerca de un cráter medio apagado en el llano de la Solfatara, para sufrir allí el último suplicio. Cerca de él iba el verdugo, llevando en sus manos una larga espada de dos filos, y dos legiones romanas armadas, precedían ó seguían al acompañamiento, para quitar al pueblo de Pouz-

zoles toda intencion de resistencia. Ni un grito, ni una queja, ni un murmullo se oía en aquella multitud envilecida y temblorosa; un silencio de muerte pesaba sobre la ciudad entera, silencio interrumpido únicamente por las pisadas de los caballos y el ruido de las armaduras

No había andado San Genaro cincuenta pasos en la direccion del forum donde debia tener lugar su ejecucion, cuando al volver una calle, se le acercó un pobre méndigo que había trabajado muchísimo para abrirse paso hasta él, agobiado por la doble enfermedad de ceguera y ancianidad. Adelantóse el anciano levantando la cabeza y estendiendo los brazos ante él, dirigiéndose hácia la persona que buscaba con ese instinto de los ciegos que les guia algunas veces con mas seguridad que la vista mas perspicaz. Luego que se creyó bastante próximo á San Genaro para ser oido de él, el desventurado, redoblando sus esfuerzos y su celo, exclamó con alta y penetrante voz:

— ¡Padre mio, padre mio! ¿dónde estais para que pueda arrojarme de rodillas ante vos?

— Por aqui, hijo mio, respondió San Genaro deteniéndose para escuchar al anciano.

— ¡Padre mio, padre mio! ¿seré bastante feliz que pueda besar el polvo que vuestros pies han levantado?

— Este hombre es loco, dijo el verdugo encogiéndose de hombros.

— Dejad aproximar á ese anciano, dijo bondadosamente San Genaro, porque la gracia de Dios está con él. El verdugo se separó y el ciego pudo al fin arrodillarse ante el santo.

— ¿Qué me quieres, hijo mio? preguntó San Genaro.

— Padre mio, os suplico me dejeis un recuerdo de vos; yo le conservaré hasta el fin de mis dias, y eso atraerá sobre mí la felicidad en esta vida y en la otra.

— ¡Este hombre es loco! dijo el verdugo con una son-

risa de desprecio. ¡Cómo! ¿no sabes que no lleva nada consigo? Pides limosna á un hombre que va á morir.

— Eso no es muy seguro, dijo el anciano meneando la cabeza, no es la primera vez que se os escapa.

— Pierde cuidado, respondió el verdugo, esta vez tendrá que habérselas conmigo.

— ¿Será verdad, padre mio? vos que habeis triunfado del fuego, del tormento y de las fieras, ¿os dejareis matar por este hombre?

— Mi hora ha llegado, respondió el mártir con alegría; mi destierro ha terminado, tiempo es ya de que vuelva á mi patria. Escucha, hijo mio, añadió San Genaro, no tengo mas que el pañuelo con que deben vendarme los ojos en mi último momento: te le dejaré despues de mi muerte.

— Y ¿cómo iré yo á buscarle? dijo el anciano, los soldados no me dejarán que me acerque á vos.

— ¡Y bien! contestó San Genaro, yo mismo te lo llevaré.

— Gracias, padre mio.

— Adios, hijo mio.

El ciego se alejó y la comitiva volvió á emprender su marcha. Asi que llegaron al forum de Vulcano, se arrodillaron los tres santos y San Genaro pronunció estas palabras con voz firme y sonora:

— Dios de misericordia y de justicia, pueda hoy en la sangre que vamos á derramar, calmar vuestra cólera y hacer cesar las persecuciones de los tiranos contra vuestra santa Iglesia!

En seguida se levantó y habiendo abrazado tiernamente á sus dos compañeros de martirio, hizo seña al verdugo de que comenzase su tarea de sangre. El verdugo cortó primero las cabezas de Próculus y Sosius, que murieron cantando las alabanzas del Señor con gran valor. Pero cuando se aproximaba á San Genaro se apoderó de él de

repente un temblor convulsivo y la espada se le cayó de las manos, sin que tuviese fuerza para encorvarse con el objeto de recogerla.

Entonces San Genaro se vendó por sí mismo los ojos; en seguida llevándose la mano á su cuello :

— ¡Y bien! dijo al verdugo, ¿qué esperas, hermano?

— No podré levantar esa espada, dijo el verdugo, si no me das permiso para ello.

— No solo te lo permito, hermano, sino que te lo suplico.

Dichas aquellas palabras sintió el verdugo que le volvian las fuerzas, y levantando la espada con las dos manos la descargó en el santo con tanto vigor, que no solo la cabeza, sino un dedo tambien se llevó de un golpe.

En cuanto á la oracion que San Genaro habia dirigido á Dios antes de morir, sin duda fué acogida por el Señor, porque en el mismo año, Constantino, escapándose de Roma fué á reunirse con su padre, siendo nombrado por este heredero y sucesor en el imperio. Si pues todo efecto debe referirse á su causa, desde la muerte de San Genaro y de sus dos diáconos Próculus y Sosius es de donde data el triunfo de la Iglesia.

Después de la ejecucion cuando los soldados y el verdugo se encaminaban hácia la casa de Timoteo para darle cuenta de la muerte de su enemigo y de sus dos compañeros, volvieron á encontrar al méndigo en el mismo sitio en que le habian dejado. Los soldados se detuvieron para divertirse á espensas del anciano, y el verdugo le preguntó haciéndole una mueca :

— ¡Y bien! ciego, ¿has recibido el recuerdo que te habian prometido?

— ¡Oh impíos! exclamó el anciano abriendo bruscamente los ojos y fijando sobre todos los que le rodeaban una mirada clara y límpida, no solo he recibido la venda de manos del mismo santo, sino que aplicando esa venda

sobre mis ojos he recobrado la vista, yo que era ciego de nacimiento. Ahora, desgraciado de tí que has osado poner la mano en el mártir de Cristo! desgraciado del que ha ordenado su muerte! desgraciados de todos aquellos que han sido cómplices de ella! desgraciado de vos, desgraciado!

Apresuráronse los soldados á separarse del anciano, y el verdugo se adelantó para tener la gloria de ser el primero en hacer la relacion al tirano. Pero la casa del próconsul estaba vacia y desierta, los esclavos la habian saqueado, las mujeres la habian abandonado con horror. Todo el mundo se alejaba de aquel lugar de desolacion, como si la mano de Dios la hubiese marcado con una señal maldita. El verdugo y su escolta no comprendiendo nada de lo que pasaba, resolvieron avanzar atrevidamente; pero el primer paso que dieron el interior de la casa cayeron muertos en el acto. Timoteo no era ya mas que un cádaver informe y podrido y las emanaciones pestilentes que se exalaban de su cuerpo habian bastado para asfixiar de una vez á los miserables cómplices de sus iniquidades.

Sin embargo, así que llegó la noche se dirigió el méndigo al forum de Vulcano para recoger los sagrados restos del santo obispo. La luna que acababa de salir esparcia su argentada luz por la amarillenta llanura de la Solfatará, de tal modo que se podia distinguir el menor objeto en todos sus detalles.

Quando el anciano marchaba lentamente mirando á su alrededor por si era seguido de algun espia, vió al otro extremo del forum una anciana sobre poco mas ó menos de su edad, que se adelantaba con las mismas precauciones.

— Buenos dias, hermano, dijo la mujer.

— Buenos dias, hermana, respondió el anciano.

— ¿Quién sois, hermano?

- Soy un amigo de San Genaro. ¿Y vos, hermana?
- Soy parienta suya.
- ¿De qué país sois?
- De Nápoles, ¿Y vos?
- De Pouzzoles.
- ¿Puedo saber qué motivo os trae aquí á esta hora?
- Os lo diré cuando me hayais explicado el objeto de vuestro viaje nocturno.
- Vengo para recoger la sangre de San Genaro.
- Y yo para dar sepultura á su cuerpo.
- ¿Y quien os ha encargado de llenar ese deber que á nadie pertenece comunmente mas que á los parientes del difunto?
- El mismo San Genaro que se me ha aparecido pocos instantes despues de su muerte.
- ¿Qué hora podria ser cuando se os ha aparecido el santo?
- Sobre poco mas ó menos, las tres de la tarde.
- Me admira, hermano mio, porque á la misma hora ha venido á verme, y me ha mandado estar aquí al caer la noche.
- Hay milagro, hermana, hay milagro; escuchadme y os referiré lo que el santo ha hecho en mi favor.
- Os escucho: luego á mi vez os referiré lo que ha hecho en el mio; porque así como decis, aquí hay milagro, hermano mio, aquí hay milagro.
- Sabed en primer lugar que yo era ciego.
- Y yo tullida.
- Ha comenzado por volverme la vista.
- Y á mi me ha vuelto el uso de las piernas.
- Yo era méndigo.
- Yo era méndiga.
- Me ha asegurado que no careceré de nada hasta el fin de mis dias.

- Me ha prometido que no padeceré mas aquí abajo.
- Yo me atrevi á pedirle un recuerdo de su afecto.
- Yo le supliqué me diera una prenda de su amistad.
- He aquí el mismo lienzo que sirvió para vendarle sus ojos en el momento de su muerte.
- He aquí las dos vinajeras que le han servido para celebrar su última misa.
- Bendita seais, hermana mia, porque ahora veo perfectamente que sois su parienta.
- Bendito seais, hermano mio, porque ya no dudo que vos érais su amigo.
- A propósito, olvidaba una cosa.
- ¿Cuál hermano?
- Me ha recomendado busque un dedo que ha debido serle cortado al mismo tiempo que su cabeza, y que lo reuna á sus santas reliquias.
- Bien me ha dicho á mí tambien que encontraria en su sangre una pequeña arista de paja, y me ha mandado la guarde con cuidado en la mas pequeña de las dos vinajeras.
- Busquemos.
- No debe estar lejos.
- Felizmente la luna nos alumbra.
- Tambien era un beneficio del santo, porque hacia un mes estaba el cielo cubierto de nubes.
- He aquí el dedo que buscaba yo.
- He aquí la arista de que me ha hablado.
- Y mientras el anciano de Pouzzoles colocaba en un cofre el cuerpo y la cabeza del mártir, la anciana napolitana, piadosamente arrodillada, recogia con una esponja hasta la última gota de su preciosa sangre, y llenaba con ella las dos vinajeras que el santo la habia dado con aquel objeto.
- Esa misma sangre es la que hace quince siglos entra en

ebullicion siempre que se aproxima á la cabeza del santo, y en esa ebullicion prodigiosa é inesplicable es en lo que consiste el milagro de San Genaro.

He ahí lo que Dios hizo de San Genaro; ahora veamos lo que hicieron de él los hombres.

XX

SAN GENARO Y SU CORTE

No seguiremos las reliquias de San Genaro en las diferentes peregrinaciones que han verificado, y que las condujeron de Pouzzoles á Nápoles, de Nápoles á Benevento, y al fin las volvieron á llevar de Benevento á Nápoles: esta narracion nos arrastraria á la historia de la edad media toda entera, y se ha abusado tanto de esta interesante época, que comienza singularmente á pasar su moda.

Desde principios del siglo xvi data tan solo que San Genaro tenga un domicilio fijo é inmueble, del que no sale mas que dos veces el año para ir é verificar su milagro desde la catedral á Santa Clara. Otras dos á tres veces suelen incomodar por casualidad al santo, pero se necesita sobrevengan